HOMENAJE A LOTMAN: MI LOTE DE LA HEREDAD

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO
CSIC. MADRID

En 1981 empezaba a preparar yo el Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo que tenía por fin introducir una cierta racionalidad en los estudios del hispanismo que en muchos casos se nos iban convirtiendo en "semióticos", apenas desteñidos ya de "estructuralistas", como si el *quid* de la cuestión radicara en la etiqueta y no en el rigor y autocoherencia de los métodos y estrategias que cabía adoptar para mejorar nuestro manejos de los textos.

Había que invitar, pues, a una serie de personas que con su autoridad ofrecieran un aceptable estado de la cuestión a partir del cual mejorar nuestro trabajo. Entre esas personas estaban Jakobson, Greimas, Sebeok, Segre y, desde luego, Lotman. Como el hombre propone y Dios dispone, Jakobson se nos murió antes y con antes, Greimas se enfadó, como casi siempre, Sebeok no pudo venir (acudiría a mi Departamento en Madrid poco después) y Segre sí estuvo felizmente junto con Todorov, Brémond, Bettetini, Weinrich, etc.

¿Pero y Lotman? Por primera y única vez tuve una experiencia acerca de aquello que se llamaba el "telón de acero". Escribí a Lotman y no me contestó, me dirigí a la embajada soviética donde todo fueron amabilidades y se encargaron de hacerle llegar la invitación. Se sentían muy honrados... Claro, que los funcionarios no sabían quién era Lotman. Unos días después recibía una llamada de la embajada, diciéndome que Lotman no podría venir, pero que, con mucho gusto, ellos me proporcionarían un sustituto. Les pedí que me lo dijeran por escrito, cosa a la que en absoluto accedieron y yo me negué a que mandaran un comisario al Congreso. Luego negaron saber nada como si de soviéticos de una película de propaganda norteamericana de entonces (a las que yo nunca había creído) se tratara. Lotman no estuvo y el entonces alcalde de Madrid Enrique Tierno Galván evocó su figura en la sesión de apertura y lamentó un estado de cosas que afortunadamente ya son historia.

Por lo visto Lotman estaba especialmente mal considerado por el régimen soviético a partir de la primavera de Praga de 1968 y todo aquello de Dubcek, por lo que yo me quedé sin tratar al padre de la Escuela de Tartu que tampoco acudió por las mismas razones al Congreso de

Palermo y que tampoco pudo cumplir, ahora sí por verdadera enfermedad, con su compromiso de acudir a La Coruña en diciembre de 1992.

Nada tiene de extraño, pues, que a partir de aquel lejano 1983 mi aproximación a sus textos no haya dejado de tener un algo de sentimental y que no pueda pretender hablar de un modo frío y objetivo de la herencia científica universal de Iuri Lotman.

Si *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur,* en este caso los contornos del recipiente se vuelven especialmente determinantes del contenido lotmaniano de mis lecturas. Pero, en fin, insisto, mis breves palabras no van a expresar la herencia lotmaniana de la familia semiótica, sino tan sólo el lote de mi heredad. Por otra parte, ningún homenaje mejor que la herejía:sólo cabe herejía allí donde se reconoce autoridad.

El realismo lotmaniano

La primera cosa que me ha sorprendido gratamente en la obra de Lotman (que dista de ser, como tampoco es el ser humano, coherente y constante) es el horizonte "realista" que creo vislumbrar casi siempre en ella.

Estábamos acostumbrados cuantos veníamos del estructuralismo a que la "diferencia" fuera lo último y fundamental y, por consiguiente, a que todo texto se abriera literalmente sobre el vacío. La semiótica de origen estructuralista no era otra cosa que tomar rigurosamente en consideración que todo sistema de signos es un código, lo que no deja de ser una verdad de Pero Grullo riquísima en consecuencias.

Pero ese código, particularmente en la doctrina greimasiana, que evoca explícitamente a De Saussure, era, como digo, una combinatoria que se agotaba en sí misma, lo cual entrañaba una especial dificultad para cuantos advertíamos que el arte y la literatura en particular estaban ahí para decir algo de algo, estaban ahí "en lugar de otra cosa".

Los conceptos de "modelo" y "oposición" que utiliza Lotman son, en cambio, a mi juicio, especialmente plausibles. Llevados al terreno de la Teoría literaria no oponen verdad a belleza, a diferencia de lo que ocurre en las obras de sus colegas marxistas de la entonces URSS en los que (contradictoriamente, a mi juicio) abundan nociones como "ideal", "belleza", "imagen". El planteamiento lotmaniano atañe al funcionamiento de la obra de arte y no del arte en general. La obra de arte es un "modelo" de la realidad: "el fenómeno de la vida y su representación en el arte forman un par correlativo". La idea de "comparación" cobra así una fuerza singular, pues cada acto de percepción establece una comparación entre la obra de arte que se configura y el objeto real que es su sujeto.

Literatura y sociedad

La relación entre literatura y sociedad es otra de las dimensiones del problema teórico–literario que supone un salto cualitativo en la semiótica de Lotman con respecto a la sociología de la literatura que se hacía simultáneamente.

En los autores más famosos, la hipótesis fundamental consistía en la existencia de una cierta homología entre las estructuras sociales y las estructuras literarias (es el supuesto arquetípico de Goldmann, por ejemplo). Sin embargo, Lotman ve el sistema de las culturas como una realidad concéntrica en cuyo centro se divisan las estructuras más estructuradas, colocándose en la periferia formaciones de estructuralidad problemática que, tal vez, sólo porque se incluyen en situaciones comunicativas generales toman los rasgos estructurales propios del código en que se

transmiten. Me parece que tales realidades, caóticas y dispersas si se quiere, ocupan en la cultura un lugar verdaderamente importante.

En conexión con lo anterior, se sitúa la feliz percepción lotmaniana del carácter "organizativo" de la cultura. Orden y entropía son dos conceptos, tomados de la Teoría de la información, que tal vez no respondan en nuestro autor exactamente al contenido científico que tienen en la esfera de las telecomunicaciones, pero que resultan evidentemente operativas para el propósito que Lotman las utiliza.

La cultura tendría como finalidad "poner orden" en los distintos conjuntos que constituyen la acción humana de los seres humanos en la historia y dicho orden procedería en una gran medida del modelo de relato que está en el origen de la cultura de que se trate. Así, en el caso de la literatura, no existe necesariamente una relación entre estructura social, previa y perfilada, y estructura literaria, secundaria y mimética. Las distintas series culturales de la vida social se influyen mutuamente entre sí y no es posible establecer dónde se asienta el primer modelo de relato que las cuenta unitariamente a todas en un determinado tramo de la historia.

Puede ser atrevida esta interpretación si recordamos la constante invocación de Lotman al "sistema modelante secundario", pero sabemos ya, según hemos podido leer en el magnífico número monográfico de Discurso, que tal expresión ("sistema de modelado") quería significar muchas veces simplemente "semiótica" y se utilizaba como eufemismo para evitar la acción esperpéntica de la censura soviética.

En definitiva, si la Teoría literaria marxista avanzada suponía un paso sobre el establecimiento mecánico de las relaciones literatura–sociedad, la semiótica lotmaniana supone un modo de aproximación a la cuestión que está mucho más en consonancia con la realidad tal como se nos presenta a la mirada "ingenua" no contaminada de ningún a priori prentendidamente científico.

Frente al totalitarismo semiótico que ha llevado a concebir el mundo como un vasto almacén de signos, se alza el buen sentido de Lotman quien ha afirmado siempre que el mundo no es un texto,no tiene sentido sino porque previamente es (Lotman y Uspensky, "Acerca del mecanismo semiótico de la cultura").

Lengua natural y lenguaje literario

El debate de aquellos años sobre si el código de la lengua natural era la estructura de las estructuras o era una estructura más entre otras se ve iluminado de una manera especial en el discurso de Lotman.

Ciertamente nadie podrá afirmar hoy que todos los sistemas semióticos son reductibles en último término al sistema del idioma, pero tampoco es posible negar ya el carácter "condicionante" que la lengua natural tiene con respecto a los modelos de las otras series culturales. La visión flexible de Lotman me parece que posibilita un justo medio que he defendido en otras ocasiones, a saber: siendo el código de la lengua el más íntimo de los modelos de comunicación humana y, a la vez, el más estudiado desde siempre, cabe admitir un cierto "tirón mimético" desde la lengua natural hacia los otros sistemas de signos y, desde luego, cabe postular la estrategia científica de adoptar y adaptar los métodos de análisis lingüísticos para la indagación de otras estructuras semióticas, aprovechando, como he dicho, la innegable ventaja de la experiencia que proporciona a la lingüística el hecho de ser con mucho el sistema más estudiado.

No puedo dejar de señalar, sin embargo, el "exceso" de esta interpretación mía cuando Lotman y Uspensky afirman literalmente que no es admisible concebir la existencia de una len-

gua que no esté inmersa en un contexto cultural, ni de una cultura que no tenga en su propio centro una estructura del mismo tipo que la lengua natural. Confieso, pues, que se trata de una lectura sesgada pero me parece que de ninguna manera carente de fundamento: todo depende del grado de generalidad que se atribuya a esa estructura que está "en el centro".

Determinación y casualidad

La teoría de los géneros literarios ha puesto de relieve la exactitud de la apreciación de los formalistas rusos sobre los cambios de sistemas. Cabe el peligro, sin embargo, de considerar que dicho cambio se produce mediante una cierta "ley" del tipo de las leyes fonéticas. Lotman acierta de manera penetrante cuando advierte que en el eslabón "código–texto" está ya presente la probabilidad, ya que la comunicación se realiza en un espacio variable alrededor de una determinada variante. El género es sólo una posibilidad hasta que se hace texto y el paso de la potencia al acto no deja de ser una "casualidad".

Las literaturas de vanguardia, por ejemplo, no son textos en el deseo de un código precedente. Más bien responden a la necesidad de implicar el código en el mensaje de tal manera que código y mensaje lleguen a coincidir. Esto es, en rigor, imposible, pues todo texto ha de ser atribuido a un código si no quiere convertirse en radicalmente ininterpretable: "sabemos que son textos, aunque el código para su lectura haya de ser descrito por nosotros mismos"("Sobre el papel de los factores casuales en la evolución literaria").

Con gran penetración ve Lotman aquí una diferencia entre procesos cognoscitivos y artísticos, entre ciencia y arte. El conocimiento de los objetos se orienta hacia la evitación de lo casual y hacia la determinación de una invariante codificada. El objeto creativo aparece en el presente como concurrencia de una serie de casualidades, como una posibilidad entre otras que no se han dado y que quizás no lleguen a darse nunca, aunque en el futuro la posibilidad triunfante se convierta en fuente de una nueva regularidad, en un género. He aquí cómo el discurso científico y el discurso poético producidos simultáneamente muestran de una forma nítida su heterogeneidad y la vinculación de la obra de arte con la realidad se sitúa en una perspectiva "realista" bien lejana de todo sociologismo de cualquier cuño.

La complejidad de la relación casualidad/regularidad en la historia es vista por Lotman con una nitidez sin igual en el trabajo que vengo citando: "entre la esfera de lo casual y de lo regular se produce un constante intercambio. Lo casual, en relación con el futuro, actúa como punto de partida de una cadena regular de consecuencias, y, en relación con el pasado, se interpreta de forma retrospectiva como inevitable y providencial. Dicho modelo tiene lugar con una mayor fuerza cuando tratamos con textos artísticos en los que el momento de la casualidad y la influencia inversa del texto en la lengua son especialmente evidentes. Otro ejemplo puede ser los aspectos de la historia de la cultura en los que más completamente aparece el intelecto y la voluntad individuales. La historia tiene muchas capas y supone una estructura jerárquica compleja. En ciertos niveles dominan leyes espontáneas. El hombre las percibe como algo dado. Las leyes se realizan a través de su actividad, pero esta misma actividad no es el resultado de una elección libre. La lógica de su conducta está tan distante del sentido de un proceso anómino que éste último no puede analizarse como el resultado de esfuerzos conscientes de los participantes en el acontecimiento.Ejemplos de estas estructuras pueden ser los procesos económicos o el desarrollo espontáneo de la lengua".

No hace falta ponderar la riqueza de cuánto acabamos de expresar si pensamos que Lotman se desenvolvía en un medio donde los dogmas más férreos sobre la interpretación de la historia

se justificaban con el argumento circular de que eran buenos porque eran científicos y eran científicos porque eran buenos para la marcha de la sociedad.

Ciencia y sensatez

No puedo dejar de señalar, en fin, cómo me acojo también al talante modesto y bienhumorado de Lotman. Hace unos días, me llamó la atención una afirmación que se hacía en otra mesa redonda en que participaba: aunque no toda persona seria es necesariamente tonta, todo tonto sí es necesariamente serio. Con Lotman no hay ningún peligro en ese sentido.

No se sitúa Lotman a la defensiva, pretendiendo preservar un espacio académico –un nombre– para su actividad intelectual. Como en la célebre afirmación del Gatopardo, le parece que todo debe cambiar para que todo continúe igual: "si a cualquier pensamiento científico le damos reglas muy rígidas, tan sólo un pequeño grupo que no posea un mecanismo de auto–cambio y de auto–regeneración, entonces esta ciencia va a ir debilitándose y desaparecerá cuando desaparezca su objeto. Si pudiéramos construir cierto mecanismo complejo que poseyera esa auto–regeneración y pudiera seguir siendo la misma, convirtiéndose en algo completamente distinto, entonces eso ya serían trozos de vida y proporcionaría de esta forma una cierta longevidad para dicho método científico" ("Peter Torop conversa con IuriLotman").

Con una conocida imagen, nos dirá Lotman que igual que la piedra que cae en el lago, la semiótica, como cada nuevo camino científico, genera círculos sucesivamente más amplios que intentan apropiarse de todo el espacio hasta que son tan grandes que ellos mismos empiezan a negarse y a desaparecer. Así es. Nada tiene de extraño que proclame regocijo ante estas apreciaciones quien como yo escribió hace tanto que en el mundo de la Teoría literaria se podría llamar "semiótica" a "cualquier cosa", porque cualquier cosa, en este contexto, tiende a desvelar el sentido de los signos en el seno de la vida social.

...Y se le entiende todo

Quizás no sea tan trivial como pueda parecer el elogio de que a Lotman se le entiende todo, cuando estamos acostumbrados a que la *obscuritas* sirva de expediente para otorgar el marchamo de científico a cualquier discurso por disparatado que sea.

En primer lugar retendremos, al hilo de la entrevista mencionada, cómo para el cultivo de la semiótica no hace falta ninguna cosa rara, sino una base cultural buena: "lo que estoy diciendo es que hay que dar, primero, un curso empírico; luego ofrecer modelos sencillos, y después mostrar que, en realidad, esos modelos sencillos son modelos muy complejos. Es decir, la dificultad de la semiótica como materia de enseñanza consiste en que no se puede enseñar desde cero".

En segundo lugar, oiremos, no hay que tener miedo a la divulgación: "yo pienso que no hay que temer nada. Un asunto es la diferencia entre esa revolución de la vida, entre lo vulgar, lo insignificante y lo sucio, y lo genial que surge de eso. Eso es una cosa. Otra cosa es si se trata de una descomposición como la de la muerte.

Finalmente, podremos admirar cuánto de inusual buen sentido hay en la respuesta a la pregunta de Torop sobre si la ampliación del radio de la semiótica, según lo que hemos venido viendo, no entraña el riesgo de la propia disolución.

"Por supuesto que la victoria es peligrosa", contesta, "la derrota nunca lo es. En realidad, los conceptos de supervivencia y de destrucción presuponen hasta tal punto la necesidad de saber

qué habrá después que es preciso utilizarlos con un gran cuidado. En esencia, esto es muy sencillo. Si usted recuerda las palabras de Cristo, palabras que le gustaba citar mucho a Tolstoi, aquélla semilla que no muera no crecerá y no dará fruto; para dar vida es preciso morir".

Esto es, en suma, lo que yo retengo como herencia principal: frente a tantos metalenguajes y tanta pedantería, acojo con gozo la enseñanza de que el triunfo de la semiótica será pleno cuando desaparezca de las ciencias humanas como nombre y se encuentre, en cambio, omnipresente como sensibilidad.